

## El crepúsculo antes de Navidad

HEATHER KING Y ROSE BRUNGARD

*Era el crepúsculo antes de Navidad y en la Tierra  
nada había sucedido, nada que yo no hubiera urdido.*

*La bola de cristal, llena de niebla en vez de nieve,  
un secreto en su interior contiene.*

*Un frío sobrenatural sentirán cuando se rompa el sello  
y entre ellos me deslice libre como el viento.*

*Una corona de acebo para dar la bienvenida,  
creo que queda mejor en mitad de la avenida.*

*El pueblo duerme tranquilo en su cama  
hasta que irrumpo en sus sueños con danza macabra.*

*Era el momento adecuado para uno o dos regalos  
y la niebla deja en la arena un secreto no desvelado.*

*Mientras los amantes se encuentran bajo el muérdago;  
en la oscuridad el terror se torna fuego.*

*Y la sangre fluye roja sobre la blanca nieve  
mientras las luces de Navidad en los hogares resplandecen.*

*Una estrella arde con fuerza a altas horas de la noche,  
la campana tañe puntual, ya es medianoche.*

*Y tras su resplandor ocurrirá al fin  
lo que tanto tiempo llevo esperando ver venir.*

*Dentro del calcetín con amor preparado  
se esconde un secreto a todos vedado.*

*La tenue luz con que alumbra la vela  
va gastando la mecha y derritiendo la cera.*

*Y he aquí mi último regalo:  
un dulce bastón para un hijo especial,*

*que cuida, conoce y ama estas tierras,  
pero ni así escapa a mi mano fatal.*

*Se cumple lo escrito, consigo el perdón.  
Dos almas comparten por siempre su amor.*

## Capítulo 1

*Era el crepúsculo antes de Navidad y en la Tierra nada había sucedido, nada que yo no hubiera urdido.*

—No lo digas. No lo digas. No lo digas.

Danny Granite murmuraba el mantra entre dientes mientras permanecía sentado en la furgoneta observando cómo su hermano mayor seleccionaba con cuidado tomates hidroorgánicos de la frutería del viejo Mars. Danny miró las llaves, asegurándose de que el camión estuviera en marcha y que lo único que su hermano tuviera que hacer fuera subirse de un salto y acelerar. Se asomó por la ventana, saludó con la mano al anciano sin mostrar mucho entusiasmo y miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Date prisa, Matt. Me muero de hambre.

Matt le hizo una mueca, y luego sonrió con afealdad al anciano.

—¡Feliz Navidad, señor Mars! —exclamó alegremente al mismo tiempo que le entregaba varios billetes y cogía la bolsa de tomates—. Faltan menos de dos semanas para Navidad. Estoy impaciente por que lleguen las fiestas este año.

Danny refunfuñó. El viejo Mars frunció el ceño; sus marcadas cejas se unieron formando una espesa

línea recta. Acto seguido, gruñó, indignado, y escupió al suelo.

La sonrisa de Matt se amplió hasta convertirse en una juvenil sonrisa burlona mientras se apresuraba a rodear la furgoneta por detrás para abrir la puerta del conductor. Casi antes incluso de acomodarse en su asiento, puso en marcha la radio para que la canción *Jingle Bells* sonara a todo volumen por los altavoces.

—Será mejor que nos movamos, Matt —masculló Dan, nervioso, mientras se asomaba por la ventana y miraba hacia la frutería—. Se está armando para el ataque. Tenías que desearle feliz Navidad, ¿verdad? Sabes que odia esas fiestas. ¡Y sabes muy bien que poner esa música sólo empeora las cosas!

El primer tomate llegó volando hasta la ventanilla trasera de la furgoneta justo en el momento en que Matt daba gas y el vehículo se ponía en marcha, coleando y con las ruedas escupiendo polvo al aire. El tomate impactó con gran precisión, y el jugo, las semillas y la pulpa se esparcieron por todo el cristal. Varios misiles más acertaron la puerta trasera mientras la furgoneta salía del aparcamiento y avanzaba acelerando por la calle.

Danny le frunció el ceño a su hermano.

—Tenías que desearle feliz Navidad. Todo el mundo sabe que odia la Navidad. El año pasado le dio una patada al pastor durante la celebración de medianoche. Ahora tendrá un humor de perros. Si al menos hubieras evitado pronunciar la palabra, podríamos haber salido intactos este año, pero ahora tomará represalias.

Los enormes hombros de Matt se agitaron al reírse.  
—Que yo recuerde tú hiciste de pastor el año pasado. Venga, Danny, tampoco te hizo tanto daño. Recibir una patadita en la espinilla no es tan grave. Ayuda a hacerte fuerte.

—A ti te hace gracia porque no era tu espinilla.  
—Danny se frotó la pierna como si, casi un año después, todavía le doliera.

—Necesitas curtirte —señaló Matt.

Tomaron la carretera, una fina franja de calzada que serpenteaba y giraba por los acantilados sobre el océano. Era imposible conducir rápido por aquellas pronunciadas curvas y cambios de rasante, aunque Matt conocía bien el trazado. Tomó una curva cerrada y se preparó enseguida para la siguiente. La carretera discurría colina arriba y casi volvía sobre sus pasos. La montaña se alzaba a su derecha, un alto terraplén cubierto de pastos verde esmeralda e impresionantes prados cuajados de flores silvestres. A su izquierda, un sendero serpenteaba a lo largo de los acantilados y acababa descendiendo abruptamente hasta llegar al océano, de un azul intenso, con la excepción de las blancas coronas de espuma de sus olas.

—¡Oh, Dios mío! Ésa es Kate Drake —exclamó Danny con regocijo, señalando a una mujer sobre un caballo que cabalgaba por el estrecho sendero a un lado de la carretera.

—No puede ser ella.

Matt bajó precipitadamente la ventanilla y estiró el cuello, mirando, embobado, sin ningún reparo.

Sólo podía ver la espalda de la amazona, que iba vestida toda de blanco y lucía una espesa mata de pelo castaño que despedía un brillo rojizo bajo la luz del sol. Su corazón empezó a latir con fuerza. Se le secó la boca. Sólo Kate Drake podía vestir completamente de blanco e ir a caballo tan cerca del lateral de la carretera sin ningún problema. Tenía que ser ella. Redujo la velocidad para verla mejor cuando pasara por su lado y bajó el volumen de la radio al mismo tiempo.

—¡Matt! ¡Fíjate en lo que haces! —gritó Danny, intentando agarrarse cuando la camioneta se salió de la carretera y chocó contra la loma cubierta de hierba.

El vehículo frenó bruscamente. Los dos hombres se golpearon la espalda contra el asiento, pero el cinturón de seguridad los mantuvo bien sujetos.

—¡Maldita sea! —bramó Matt. Se volvió hacia su hermano—. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien, torpe; nos has sacado de la carretera por quedarte otra vez embobado mirando a Kate Drake. Me duele todo. Necesito un collarín y creo que me he roto el dedo meñique. —Danny levantó la mano, cogiéndose la muñeca y gruñendo ruidosamente.

—Anda, cierra el pico —le espetó Matt.

—Matthew Granite. ¡Cielo santo!, ¿estás herido? Llevo móvil y puedo ir a buscar cobertura al extremo del acantilado para pedir ayuda.

La voz de Kate sonó tal y como la recordaba. Suave. Melódica. Hecha para largas noches y sábanas de satén. Matt volvió la cabeza y la miró. Quedó fascina-

do. Habían pasado cuatro largos años desde la última vez que había hablado con ella. Se encontraba de pie junto a la furgoneta, con las riendas enrolladas en la mano y sus grandes ojos verdes llenos de preocupación. No pudo evitar fijarse en que tenía la piel más bella que nunca había visto. Sin ningún defecto o arruga. Perfecta. Parecía tan suave que deseó pasar los dedos por su mejilla para comprobar si era real.

—Estoy bien, Kate. —Fue un milagro que pudiera hablar. Su lengua parecía haberse quedado clavada al paladar—. Seguramente he intentado girar más deprisa de lo aconsejable.

Se oyó un bufido de burla y desdén que procedía del lado de la furgoneta, donde Danny permanecía sentado.

—Estabas conduciendo a ritmo de tortuga. Simplemente no mirabas por dónde ibas.

La puntera de la bota de Matt impactó con firmeza contra la espinilla de su hermano, y Danny dejó escapar un espeluznante alarido.

—No me extraña que el viejo Mars te pateara el año pasado —masculló Matt entre dientes.

—¿Daniel? ¿Estás herido? —Kate sonaba preocupada, pero su fascinante labio inferior temblaba como si estuviera conteniendo la risa.

Decidido a alejarla de su hermano, Matt abrió precipitadamente la puerta con más fuerza de la necesaria. La portezuela impactó de pleno en las piernas de Kate, que se echó hacia atrás de un salto. El caballo se medio encabritó, y Danny, el muy idiota, se rió como la hiena que era.

Matt gruñó. No fallaba. Era un *ranger* condecorado del Ejército de Estados Unidos, había servido en él durante años, dirigiendo misiones encubiertas en las que su vida dependía de sus condiciones físicas y de su capacidad para mantenerse sereno. Sin embargo, siempre se las arreglaba para sentirse torpe y tosco delante de Kate. Se levantó, irguiéndose en toda su altura, mucho mayor que la de ella, y se sintió como un gigante. Kate siempre estaba perfecta. Segura de sí misma. Elocuente. Grácil. Allí estaba, preciosa vestida toda de blanco y con el pelo agitado por el viento de manera sugestiva. Era la única persona en el mundo que podía hacer que perdiera la calma y elevar su temperatura al mismo tiempo sólo con una sonrisa.

—¿Danny está herido? —preguntó Kate, volviendo ligeramente la cabeza mientras intentaba tranquilizar al inquieto caballo.

Eso le proporcionó a Matt una muy buena visión de su figura. Quedó embelesado; su ávida mirada se perdió en aquellas suaves curvas. Siempre le había encantado verla alejarse caminando. Nadie se movía de aquel modo tan sexy. Parecía tan recatada y, sin embargo, tenía esa forma de andar tan insinuante, esa mirada seductora y ese maravilloso cabello que todo hombre desearía sentir deslizándose por su piel durante toda la noche. Consiguió reprimir un gemido. ¡Cómo no había notado que Kate había vuelto! Su radar debía de estar fallándole.

—Danny está bien, Kate —le aseguró Matt.

Ella le dedicó una rápida sonrisa por encima del hombro, clavando sus centelleantes ojos en él.

—Por cierto, ¿cuántos accidentes has tenido, Matt? Parece ser que en todas las raras ocasiones en las que te he visto a lo largo de los últimos años tu pobre furgoneta ha recibido algún golpe.

Era cierto, pero la culpa era suya. Kate Drake actuaba como una especie de catalizador de comportamientos extraños. A Matt se le daba bien todo, *todo*, a no ser que Kate estuviera cerca; entonces, apenas era capaz de hablar.

El caballo se movió inquieto, lo que exigió la atención inmediata de Kate, y Matt tuvo tiempo para darse cuenta de que sus tejanos y su camisa de trabajo azul estaban manchados de serrín y una polvorienta mezcla de cemento que contrastaba con el immaculado atuendo blanco de ella. Matt aprovechó la oportunidad para sacudirse el polvo de la ropa, pero al hacerlo, se formó una nube gris que envolvió a Kate cuando se volvió de nuevo hacia él y que la hizo toser delicadamente mientras agitaba sus largas y espesas pestañas para evitar que el polvo le entrara en los ojos. Otra risotada burlona de Danny surgió del interior de la furgoneta.

Matt le lanzó a su hermano una mirada que prometía una muerte instantánea antes de volverse de nuevo hacia Kate.

—No tenía ni idea de que hubieras regresado. Los chismorreos del pueblo me han fallado.

En la tienda de comestibles, Inez había mencionado que Sarah estaba en el pueblo, al igual que Hannah y Abigail, tres de sus seis hermanas, pero no había dicho ni una palabra sobre Kate.

—Sarah ha venido de visita, y ya sabes cómo es mi familia, nos reunimos lo más a menudo posible. —Se encogió de hombros, un gesto sin pretensiones, pero que en ella resultaba condenadamente sexy—. He estado en Londres investigando para mi próxima novela. —Se rió con suavidad. El sonido se deslizó por la espina dorsal de Matt y provocó interesantes reacciones en su cuerpo—. La niebla londinense resulta siempre tan perfecta para crear un ambiente de terror. Y antes estuve en Borneo.

Kate viajaba por todo el mundo, investigando y escribiendo sus exitosas novelas de crimen y misterio. Era tan hermosa que le resultaba doloroso mirarla, tan sofisticada que se sentía primitivo en su presencia. Era tan sexy que siempre debía controlar el deseo de sacar al cavernícola que llevaba dentro, cargarla sobre su hombro y llevarla a su guarida privada.

—Sarah se ha prometido a Damon Wilder. —Kate inclinó la cabeza ligeramente y volvió a darle unas palmaditas al caballo en el pescuezo—. ¿Lo conoces?

—No, pero todo el mundo habla de ello. Nadie esperaba que Sarah se casara.

Matt observó la forma en que la luz del sol besaba su pelo, transformando los sedosos mechones en una resplandeciente tentación. Siguió con la mirada su mano, que acariciaba el caballo, y se percató, aliviado, de la ausencia de un anillo.

Danny carraspeó y se asomó por el lado del conductor.

—Se te cae la baba, hermanito —susurró en un tono excesivamente alto.

Sin perder un segundo, Matt cerró la puerta de una patada.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

Contuvo la respiración a la espera de la respuesta. Para empeorar las cosas, Danny se rió por lo bajo. Matt hizo una muda promesa de que sus padres tendrían un hijo menos al que mimar antes de que acabara el día.

—En realidad, he decidido instalarme definitivamente en Sea Haven. He comprado el viejo aserradero del acantilado, el que está sobre la cala Sea Lion. Tengo previsto reformarlo para convertirlo en una librería-cafetería, y modernizar la casa para vivir allí. Me he cansado de vagar por el mundo. Estoy lista para volver a casa.

Kate sonrió. Tenía unos dientes perfectos. Matt se sorprendió mirándola fijamente mientras la tierra se sacudía bajo sus pies. Se quedó allí, sonriendo ante la idea de que Kate se instalara definitivamente en su pueblo natal.

Una sombra recorrió el cielo, hebras negras que se arremolinaban y agitaban como si hirvieran en un oscuro caldero de nubes que ocultaba al sol. Una gaviota emitió un único graznido. Entonces, toda la bandada de pájaros que volaba sobre sus cabezas hizo suyo aquel grito de advertencia. Matt estaba tan fascinado por la sonrisa de Kate que no se dio cuenta de que el suelo se movía de verdad, y no por el sorprendente afecto que Kate le causaba. El caballo

retrocedió y se acercó de manera peligrosa a la carretera; agitó la cabeza, aterrorizado, y casi arrastró a Kate con él. Matt extendió el brazo con rapidez y cogió las riendas con una mano para sujetar al animal. Deslizó el otro brazo alrededor de la cintura de Kate, y lo atrajo hacia él, para evitar que cayera cuando se abrió una grieta en el suelo que rápidamente se fue extendiendo en dirección a los pies de Kate. Matt la levantó y la apartó de la creciente abertura, llevándola hacia atrás, con el caballo a la zaga. La grieta, que no era muy ancha pero sí muy profunda, ascendía por el lateral del terraplén.

—¿Estás bien, Danny? —gritó a su hermano.

—Sí, estoy bien. Éste ha sido de los grandes.

Kate se aferraba a Matt, agarrándole por los hombros con sus pequeñas manos. Matt pudo oír cómo inspiraba profundamente, una acción que contrastaba con su aspecto calmado, pero no gritó. Cuando el suelo se estabilizó, Matt permitió que los pies de Kate volvieran a posarse en el suelo, pero no la soltó. Notaba su suavidad, su calidez, su aroma a flores frescas. Se inclinó sobre ella, aspirando su fragancia, rozando con la barbilla la parte superior de su cabeza.

—¿Estás bien, Kate?

Con un aspecto tan sereno como siempre, Kate susurró en un tono tranquilizador al caballo. Nada la alteraba. Ningún terremoto y, desde luego, tampoco Matthew Granite.

—Sí, por supuesto, ha sido un pequeño terremoto. —Alzó la vista hacia las hirvientes nubes con una leve expresión de desconcierto.

—Ha sido bastante fuerte. Y el suelo se ha abierto muy cerca de tus pies.

Kate continuó dando palmaditas al caballo en el pescuezo, sin darse cuenta, aparentemente, de que Matt, que todavía la abrazaba, atrapaba su cuerpo entre el suyo y el del animal. Matt pudo ver cómo le temblaban las manos mientras se esforzaba por mantener la compostura, y eso le hizo admirarla aún más. Kate dirigió su rostro hacia el viento.

—Me encanta la brisa marina. Cada vez que la noto sobre mi rostro, me siento como si estuviera en casa.

Matt carraspeó. Kate poseía un hermoso perfil. Llevaba el cabello recogido en un elaborado peinado que dejaba al descubierto su largo y elegante cuello. Cuando se volvió, sus pechos se clavaron en la fina camisa, firmes y redondeados, y tan apetecibles que lo único que Matt pudo hacer fue reprimirse para no inclinarse y posar su boca sobre la ajustada tela blanca. Intentó moverse, alejarse, pero se sentía atraído, cautivado por ella. Siempre le había recordado a una bailarina, con sus elegantes líneas, y sus curvas suaves y femeninas. El pecho le ardía mientras trataba de conseguir aire y sentía un extraño rugido en su cabeza. Al tercer intento de abrir la boca, logró que saliera de ella una frase coherente.

—Si estás realmente decidida a lo de la reforma, Kate, quizá te interese saber que mi familia se dedica al tema de la construcción.

Kate dirigió todo el poder de sus enormes ojos hacia él.

—Sí, me acuerdo de que todos vosotros os dedicáis a eso. Me parece una profesión maravillosa. —Alargó los brazos y le cogió las manos. Matt tenía unas manos grandes, ásperas y callosas, mientras que las de ella eran suaves y pequeñas—. Siempre me han encantado tus manos, Matthew. Cuando era una adolescente, recuerdo haber deseado tener unas manos como las tuyas, tan capaces y hábiles. —Sus palabras, al igual que su contacto, hicieron que unas pequeñas llamaradas de fuego le recorrieran la piel.

Matt estaba seguro de haber oído un bufido y probablemente una risita que venían del lugar donde se encontraba su hermano pequeño.

—Creo que ya te has agarrado a ella el tiempo suficiente, hermanito —exclamó Danny—. Hace ya unos minutos que la tierra ha dejado de moverse.

Matt era demasiado caballeroso como para aclararle a su hermano que era Kate quien le sujetaba las manos. Al bajar la mirada hacia ella, vio cómo un leve rubor surgía bajo su piel. De mala gana, se alejó. El viento le revolvía el pelo, pero eso sólo la hacía aún más seductora.

—Lo siento, Kate. Es la primera vez que sufrimos un terremoto tan fuerte aquí.

Nervioso, se pasó los dedos por el oscuro pelo, pensando en algo brillante que decir para retenerla. Tenía la mente en blanco. Totalmente en blanco. Kate se volvió de nuevo hacia el caballo. Matt empezó a sentirse desesperado. Era un hombre adulto, trabajador, algunos decían que brillante cuando se trataba de diseñar y, para ser francos, la mayoría de

las mujeres se lanzaban a sus brazos; pero Kate reunió tranquilamente las riendas del caballo, sin que le flaquearan las piernas, sin que le afectara en absoluto su presencia. Matt se secó las gotas de sudor que, de repente, cubrían su frente y, al hacerlo, dejó un rastro de suciedad en su rostro.

—Kate —dijo con un hilo de voz...

Danny sacó la cabeza por la ventanilla del lado del conductor.

—¿Necesitas ayuda con lo del aserradero, Kate? La verdad es que Matt es bastante bueno en ese tipo de cosas. Es evidente que no sabe conducir, ni tampoco hablar, pero es el mejor con las reformas.

Los ojos de Kate se iluminaron.

—Me encantaría, Matthew, pero no quería abusar de nuestra amistad. Tendrá que ser un tema de negocios y deberemos llegar a un acuerdo económico.

Hasta ese momento Matt no se había dado cuenta de que Kate pensaba en ellos dos como amigos. Casi nunca había hablado con él, a excepción de sus extrañas y breves conversaciones cuando se encontraban por casualidad durante sus años de instituto. Le gustaba la idea de ser amigo suyo. Cada célula de su cuerpo se ponía alerta cuando ella estaba cerca de él; siempre había sido así, incluso cuando ella era una adolescente y él estaba en sus primeros años de facultad. Kate siempre había despertado sus instintos protectores, pero sobre todo había creído que tenía que ampararla de la atracción que sentía hacia ella. Eso había resultado muy desagradable para un hombre como Matt. Se había llevado consigo sus se-

cretas fantasías a todos y cada uno de los países extranjeros a los que había sido enviado. Había compartido con ella sus días y noches en las selvas y desiertos, en las peores situaciones, y el recuerdo de Kate lo había traído de vuelta a casa. Ahora, que era un hombre adulto que había combatido en guerras y tenía una más que suficiente experiencia vital para sentirse seguro de sí mismo, descubría que podía hablar con soltura y naturalidad a cualquier otra mujer. Sólo Kate lo hacía sentirse cohibido. Aceptaría ser su amigo. Al menos, era un comienzo.

—Dime cuándo quieres que vaya a echar un vistazo, Kate, y organizaré mi agenda. Ser mi propio jefe tiene sus ventajas.

—Entonces, me aprovecharé de tu generosa oferta y te propongo que vengas a verlo conmigo mañana por la tarde si te es posible. ¿Crees que podrás arreglarlo para tan pronto? No te lo pediría, pero quiero poner en marcha este proyecto lo antes posible.

—Me parece genial. Te recogeré en la casa del acantilado hacia las cuatro. Estás instalada allí con tus hermanas, ¿verdad?

Kate asintió y se volvió para observar cómo el coche del sheriff se detenía detrás de la furgoneta. Matt estudió el rostro de Kate, principalmente porque no podía apartar la mirada de ella. Su sonrisa era cortés, hasta cordial, pero fue consciente, incluso antes de volver la cabeza, de que el hombre que salía del coche patrulla del sheriff era Jonas Harrington. Se le ocurrió que conocía a Kate demasiado bien, todas y

cada una de sus expresiones. Y eso significaba que se había pasado demasiado tiempo observándola. Kate estaba sonriendo, pero se había puesto tensa sólo un poquito, justo ese poquito. Siempre le pasaba cuando estaba cerca de Jonas. De hecho, a todas sus hermanas les sucedía lo mismo. Por primera vez, se preguntó por qué Kate reaccionaba así.

—Bueno, Kate, ya veo que has provocado otro accidente —comentó Jonas a modo de saludo. A Matt le estrechó la mano y le dio una palmada en la espalda—. Las hermanas Drake tienen tendencia a causar estragos donde quiera que vayan. —Guiñó un ojo a Matt.

Kate simplemente arqueó una ceja.

—Llevas diciendo eso desde que éramos niños.

Jonas se inclinó para posar un leve beso en la mejilla de Kate. Algo negro y letal, cuya existencia Matt no deseaba reconocer, se agitó en su interior como una oscura sombra, y le obligó a colocar una mano descaradamente posesiva sobre la espalda de Kate.

Jonas ignoró el lenguaje corporal de Matt.

—Y lo seguiré diciendo cuando tengáis ochenta años, Kate. ¿Dónde están las demás? —Miró a su alrededor como si esperara que las hermanas aparecieran al galope en la cima de la montaña.

—Pareces un poco nervioso, Jonas —observó Danny desde la seguridad de la furgoneta—. ¿Qué harás esta vez? ¿Arrestar a Hannah y enviar su hermoso culo a la prisión por alguna falsa acusación?

Se calmó un poco cuando Kate dirigió todo el poder de su mirada hacia él. El viento se elevó des-

de el mar, trayendo consigo el aroma y la esencia del océano.

—No tenía ni idea de que estuvieras tan interesado en la anatomía de mi hermana, Danny.

—Vamos, Kate, es preciosa; todos los hombres están interesados en la anatomía de Hannah —respondió Danny sin arrepentirse de sus palabras.

—Y si no quiere que la miren, ¿qué hace permitiendo que todos los condenados fotógrafos del mundo la fotografíen? —preguntó Jonas—. Y para tu información te diré que no tendría que inventarme falsos cargos si quisiera arrestar a Hannah —añadió frunciendo el ceño—. Debería detenerla por exhibicionismo. ¡En esa glamurosa revista de la tienda de Inez sale en la portada... desnuda!

—No está desnuda. Lleva un biquini, Jonas, con un pareo encima.

Kate sonaba tan serena como siempre, pero Matt notó que su mano se tensaba alrededor de las riendas del caballo, hasta el punto de que los nudillos se le pusieron blancos. Se acercó aún más a ella, colocándose entre Kate y el sheriff.

—Debería probar con un bañador completo y quizá una túnica que le llegara hasta los tobillos, o algo así. ¿Y es necesario que adopte esa estúpida pose para hacer que todo el mundo la mire...?

Jonas se calló cuando el viento volvió a soplar. Esa vez aullaba, trayendo con él susurros en medio de un caótico remolino de hojas y gotas de agua de mar. El sombrero salió volando de su cabeza y fue arrastrado lejos del grupo. Entonces, el viento cam-

bió de dirección, y soplando de nuevo hacia el océano, retrocedió de forma muy similar a como lo haría una ola en la orilla. La repentina brisa se llevó consigo el sombrero haciéndolo flotar por encima de los acantilados hasta las encrespadas aguas.

El sheriff se dio la vuelta y miró hacia el caserón que se levantaba sobre los acantilados en la distancia.

—¡Maldita sea, Hannah! Ése es el tercero que pierdo desde que has regresado —le gritó al viento.

Se produjo un breve silencio. Matt se aclaró la garganta.

—Jonas, no creo que pueda oírte desde aquí.

Jonas lo fulminó con la mirada.

—Puede oírme. ¿No es cierto, Kate? Sabe perfectamente qué estoy diciendo. Dile que esto ya no es divertido. Que deje ya de practicar sus jueguecitos con el viento.

—Tú te crees todas las cosas que la gente dice sobre las hermanas Drake, ¿verdad, Jonas? —comentó Danny, que a continuación tarareó el tema principal de la serie de ciencia ficción «Dimensión desconocida».

Matt se quedó mirando la mano de Kate. Las riendas temblaban. Le cubrió la mano con la suya y sujetó las riendas de cuero que ella apretaba.

—Estaré encantado de ir a visitar el aserradero mañana, Kate. ¿Quieres que te ayude a montar?

—Gracias, Matthew. Te lo agradecería.

No se molestó en colocar las manos juntas para ayudarla a subir. Simplemente la levantó. Era alto y

fuerte, y le resultó fácil colocarla sobre el caballo. Kate se acomodó en la silla como si hubiera nacido allí. Elegante. Refinada. Era tan perfecta como un sueño, y tan lejana como una aparición.

—Nos vemos mañana entonces. Saluda a tus hermanas de mi parte.

—Lo haré, Matthew, y tú dale recuerdos a tus padres. Me he alegrado de verte, Danny. —Su mirada se volvió fría al dirigirse al sheriff—. Estoy segura de que te veré por casa, Jonas.

Jonas se encogió de hombros.

—Me tomo mi trabajo en serio, Kate.

Matt la observó mientras se alejaba a caballo; esperó hasta que una curva en la carretera la dejó fuera de su vista y entonces se volvió hacia el sheriff.

—¿De qué demonios iba todo eso?

—Sabes que las hermanas Drake me vuelven loco la mitad del tiempo —respondió Jonas—. Ya te he contado todos los problemas que causan. Siempre estás acribillándome a preguntas sobre ellas. Bien —sonrió con malicia mientras señalaba la furgoneta—, ¿no es éste el tercer accidente que tienes estando Kate cerca? Deberías saber a qué me refiero.

Jonas había crecido con Matt Granite, habían ido juntos al colegio, ambos se habían alistado en el Ejército, en los Rangers, y habían luchado codo con codo. Sabía qué sentía Matt por Kate. No era un secreto que a Matt no se le daba muy bien ocultar sus sentimientos a su familia y a sus amigos, sobre todo desde que Jonas había abandonado el servicio dos

años antes que él y Matt no había dejado de preguntarle sobre el paradero de Kate y su estado civil. Matt había vuelto a casa hacía tres años y había estado esperando a que Kate también regresara para siempre.

Danny soltó una risita.

—Jonas, tú estabas allí cuando, de camino a la facultad, Matt metió la furgoneta de papá en el lecho del río y la dejó colgando de una roca. ¿No tenía Kate tres años en esa época?

Matt inspiró hondo. No podía matar a su hermano delante del sheriff, aunque fuera Jonas. Cuando había destrozado la furgoneta de su padre, conduciéndola sin permiso, Kate tenía unos quince años, demasiado joven para que un universitario la mirara, y todavía le avergonzaba que sus hermanos y Jonas hubieran sabido por qué había hecho trizas el vehículo. Por supuesto que conocía a las hermanas Drake, todo el mundo en el pueblo las conocía, pero nunca las había *mirado* —no de una forma masculina, fascinada y física—, hasta que vio a Kate de pie en el lecho del río, cogiendo moras, con el sol besando su pelo y sus grandes ojos de color verdemar devolviéndole la mirada. La segunda vez que había destrozado un vehículo había sido cuatro años atrás. Matt había vuelto a casa de permiso, y estaba tan concentrado mirando a Kate mientras ésta caminaba por la acera con sus hermanas que no se dio cuenta de que estaba aparcado delante de un montículo de cemento y había incrustado el coche de su madre en él cuando arrancó para ponerse en marcha. Ahora,

ignorando la burla de su hermano, rodeó la furgoneta para inspeccionar los desperfectos.

—Creo que puedo sacar la furgoneta sin ayuda de un remolque.

—Ya veo que habéis hecho enfadar al viejo Mars —Jonas señaló las manchas de tomate en la ventana trasera.

—Ya conoces a Matt; tenía que desearle feliz Navidad. —Danny abrió la puerta—. Le gusta provocar al vejete antes de las fiestas. Lo hace todos los años. Aquella vez que mi madre me hizo hacer de tamborilero, Mars rompió mis baquetas en diez pedazos, los lanzó al suelo y luego saltó sobre ellos una y otra vez. Todos mis hermanos se lo pasaron genial, pero yo he quedado traumatizado desde entonces. Tengo pesadillas en las que me pisotea.

Jonas se rió.

—Mars es un viejo extraño, pero es inofensivo. Y regala la mayor parte de su producción a la gente que lo necesita. Se la lleva a algunas de las madres solteras del pueblo y a algunos matrimonios de ancianos. Y sé que da de comer al chico Ruttermyer, el que tiene síndrome de Down y hace trabajitos para todo el mundo. Convenció a Donna para que le cediera una habitación junto a su tienda de regalos. Sé que ayuda a ese chico a pagar las facturas.

—Sí, en el fondo es un buen hombre —asintió Matt. Una sonrisa fue asomando lentamente a su rostro—. Lo único que pasa es que odia la Navidad. —Señaló con la cabeza hacia el lado opuesto de la furgoneta y los otros dos hombres se dirigieron hacia

la parte delantera para quitar el barro y la suciedad, y empujar hasta separar el parachoques del terraplén—. No me ha gustado que le dijeras a Kate que ella y sus hermanas eran diferentes, Jonas. —Matt lo dijo en voz baja, pero ambos eran amigos desde niños y Jonas reconoció el tono de advertencia.

—No pienso fingir que son como los demás, Matt, ni siquiera por ti —le soltó Jonas—. Las Drake son especiales. Tienen dones y los usan hasta agotarse en beneficio de todo el mundo, sin pararse a pensar ni un momento en ellas o en su propia seguridad. Voy a estar pendiente de ellas les guste o no. Sarah Drake casi consiguió que la mataran hace unas pocas semanas. Hannah, Kate y Abbey estaban con ella y también podían haber muerto.

Para Matt aquellas palabras fueron como un golpe que le alcanzó cerca de las entrañas. El corazón le dio un curioso vuelco en el pecho.

—Oí lo de Sarah, pero no sabía que las otras también estaban allí. ¿Qué sucedió?

—Es una larga historia. Para resumirla te diré que a Wilder le siguieron ciertas personas hasta aquí. Buscaban información que sólo él podía proporcionarles. Ayudó a diseñar nuestro sistema de defensa nacional, y el gobierno quería protegerlo a toda costa. Siendo Sarah de Sea Haven, a los federales les pareció lógico enviarla para velar por él. Esa gente ya lo había cogido en una ocasión, había matado a su asistente delante de él y lo había torturado. Por eso usa un bastón para andar. Entraron en casa de las Drake, armados hasta los dientes, cuando

Wilder estaba allí, y estaban dispuestos a matarlo a él y a las Drake para conseguir lo que querían. —La ira en la voz de Jonas se había ido intensificando mientras hablaba.

—Nadie dijo una palabra de que Kate estuviera en la casa en ese momento. Sabía que Sarah estaba protegiendo a Damon Wilder y que él era un experto en defensa metido en algún tipo de problema...

La voz de Matt se fue apagando mientras se volvía para mirar la casa del acantilado. Estaba repleta de luces de Navidad. Junto a ella, había un abeto muy alto, completamente decorado y con luces que centelleaban incluso antes de que el sol se pusiera. Cuando miró hacia la casa, sintió una sensación de paz, de que todo estaba bien. Las hermanas Drake eran el tesoro del pueblo. Apartó la mirada del acantilado para dirigirla al aserradero. Estaba un poco más arriba siguiendo la carretera, sobre la cala Sea Lion. Una extraña formación de nubes se cernía sobre la pequeña ensenada y se extendía lentamente tierra adentro. La forma que tenía despertó su imaginación: una enorme boca negra, con las mandíbulas totalmente abiertas, dirigiéndose directamente hacia ellos.

—Estuvieron a punto de ser asesinadas —afirmó Jonas. Sus ojos se quedaron sin vida y fríos—. Las Drake se cargan con demasiadas responsabilidades y todo el mundo espera que lo hagan sin pensar en el coste que tiene para ellas.

—Nunca pensé en ello de ese modo, Jonas. Ahora que lo mencionas, las he visto a todas exhaustas y

sin energía después de ayudar del modo en que lo hacen.

Matt no apartó los ojos del cielo. Vio a una gaviota cambiar frenéticamente de dirección para alejarse del camino de aquella nube que avanzaba con lentitud; frenó de manera brusca en pleno vuelo, batiendo las alas con nerviosismo. Espirales de niebla empezaron a ascender desde el mar y a deslizarse hacia la orilla.

—Quizá todos deberíamos prestar más atención a lo que les suceda —murmuró en voz baja, más para sí mismo que para los demás.